

D. JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ.

LA BANDERA COLOMBIANA.

¿No oís? Es cual la voz de gran torrente
Con las lluvias de Dios acrecentado,
Que baja de los Andes despeñado,
Raudo, tremendo, asordador, rugiente.
¿No oís más cerca ya? Se une á los ecos
El rüido de música guerrera
Que, en alas de los vientos desatado,
Colma el ámbito inmenso de la esfera.
Pero ved más allá cómo se avanza,
Entre un bosque de aceros refulgente,
Que del sol á los rayos reverbera,
Del pueblo entre la òla,
Al firmamento azul enhiesta y sola,
De nuestra patria la inmortal bandera.
Y sube al Capitolio, y los clarines
Sueltan su aguda voz; retumba el trueno
Del cañón en los últimos confines.
¡Oh! ¡Salve á ti, magnífica y sublime,
Ungida con la sangre de los bravos
Muertos en la pelea!
¡Oh! ¡Salve á ti, quemada por el fuego
De las contrarias huestes;
Tú, poder, gloria y de la patria idea!
¡Oh! la bandera de la patria es santa,

Flote en las manos que flotare; ora
Volviendo vencedora,
Entre lluvia de flores
Al son del himno que su gloria canta,
Ó de la adversa lid acaso vuelva....
¡Oh! ¡De la patria la bandera es santa!
Y si hay un ciudadano que, pensando
En el secreto de su alma, diga:
«¡Está en indignas manos!» ese puede
Á su madre negar en su ira insana;
No tiene corazón, y entre sus venas
Empobreció la sangre colombiana.

Cuando lanzar un pueblo Dios dispone
En la espléndida senda de la historia,
Da la señal de marcha, y en la mano
De sus caudillos pone
El pendón que ha de guiarlo, cual un día
Mandó sobre Jacob la parda nube
Que, flotando en el aire,
Fué en el desierto misteriosa guía;
Y en el velo que al sol en onda suave
Desarrollan los céfiros, escribe
Con invisible dedo y caracteres
Arcanos, que leer tan sólo él sabe,
Cuál su rumbo será, si habrá bonanza,
Qué tempestad vendrá, la hora de gloria,
La hora del cautiverio,
La del rescate y de la gran victoria.

Puso en una las águilas caudales
Del claro, inmenso cielo emperatrices;
Un hacecillo en otra de los rayos
Que procelosa nube al mundo lanza,
Y en otra derramó de oro las lises,
Como emblema de fuerza ó de esperanza,
Ó de dominación ó de rüina.
Así á la verde Erina
Dió el arpa gemidora,

Alto don al que pena y al que llora;
Y puso por presagio al gran destino
Que reservó á la Iglesia,
Sobre el delgado lino
Que al vendaval de tempestad se mueve
Ó al tenue soplo de favonio suave,
Y en que juntó al vellón de pura nieve
Un rayo de la frente de la aurora,
Del pescador la milagrosa nave.
Y cuando crió á Colombia, generoso
Rasgó un jirón del iris radioso
Que tras la tempestad alegre al mundo,
Y lo entregó á Bolívar; y Bolívar
De triunfo en triunfo lo llevó, de donde
Orinoco se lanza al mar profundo
Á donde el Potosí su nivea cumbre
En la región del firmamento esconde.

Mas árbitras se juzgan,
Dueñas de sus destinos las naciones.
Creen que cuando baja la victoria
Á coronar sus fuertes campeones,
Suyo es el triunfo y la victoria suya;
Mas ¡ay! que ignoran ellas
Que la secreta tela de su historia
Se teje entre las manos invisibles
Del que es Señor del mundo y las estrellas.

Dios fué quien á las águilas romanas
De ciudad en ciudad llevó volando
En los antiguos días
Hasta el confín del orbe, preparando
La paz universal á su Mesías:
Dios quien hizo salir de las regiones
Al aterido polo más cercanas,
De bárbaros innúmeras legiones,
Y al Mediodía encaminólas cuando
Quiso purgar la tierra
Con la espantosa plaga de la guerra.

Y cuando, lleno de clemencia, quiso
Dar una muestra de su amor profundo
Mostrando al viejo mundo
Éste, hasta allí, velado paraíso,
Llamó á Colón, y le mostró la senda
De América al confín del Oceano,
Al través de las nieblas y huracanes
Y tempestad tremenda ;
Y Colón obediente,
Venciendo el ciego caos,
Cruzó el férvido Atlántico animoso
En tres frágiles naos,
Y el pendón de Castilla glorioso
Plantó al fin en la tierra de Occidente.

Dios sacó de la inmensa muchedumbre
De nuestra tierra un hombre
Que distinguió entre todos: era un mundo
De nobles pensamientos su cabeza ;
Su espíritu, tesoro inagotable
De fuerza y voluntad : él conocía
Del corazón de los demás las sendas,
Y elocuente sabía
Cómo hacer poderosa su palabra ;
Y así, cuando de golpe aparecía
En medio del combate, del soldado
El pecho palpitaba, cual si viera
Ó la faz de su madre placentera
Ó el bello rostro del objeto amado.

Él se llamó Bolívar, y doquiera
Fué símbolo del pueblo, en la batalla
Y bajo del dosel, y hasta que á orillas
Del mar ferviente halló la paz que sólo
En el silencio de la tumba se halla.
De su caballo al escucharse el trote,
Temblaba el corazón, y á los reflejos
De su fulmíneo acero se cubrían
De palidez las frentes, y doquiera

Que rápido pasaba, la victoria
Derramaba laurel en su bandera.
Soplaba; el yerto polvo de las fosas
Del esclavo tornábase fecundo;
Y tres grandes naciones de repente
Se alzaron de él, de gloria radiosas,
Con pasmo universal de todo el mundo.
Murió; y callaron los heroicos hechos,
Mas como el sol tras la última colina
Del Occidente azul su disco inclina
Y cae en un abismo de oro y llama ;
Y enmudeció la trompa de la fama,
Y tan grande vacío hubo en la historia
Que colmarse hasta ahora no ha podido
Ni en patriotismo, ni en valor, ni en gloria.

Su portentosa vida,
De excelso honor y de dolor tejida,
Será en edad lejana
La mayor epopeya americana.
Las lirás de los bardos
Que lloren la tristísima elegía
Bajo los sauces de su tumba fría
Inmortales se harán, pues su alto ejemplo
Tal reguero de luz deja, que nadie
Se atreverá á seguir sus nobles huellas
De la inmortalidad al santo templo.

Él amaba la patria ; mas la patria
No era sólo para él la hermosa tierra
Que, como rico velo,
Arropa el combo cielo,
Y reverente encierra
Las cunas de los hijos y las tumbas
De nuestros padres caras;
Que en su seno también firmes reposan
De nuestro Dios las bendecidas aras:
Y fué así como en su hora soberana,
Pronto á dejar el mundo,

Se envolvió en la bandera colombiana,
Y con amor profundo
Pronunció lleno de esperanza el nombre
Del que murió por libertar al hombre.

COLOMBIA Y ESPAÑA.

20 DE JULIO DE 1882.

Este es, madre Colombia, el bello día
Que vuelve al mundo de tu gloria clara,
Y hoy, como ayer y siempre, sobre el ara
De tu templo inmortal derraman flores
Regocijados tus amantes hijos;
Y hoy, como ayer y siempre,
Resuena la armonía
De los himnos de triunfo y de alegría.

¿Mas qué cantor, entre el egregio coro
De tanto amado de los cielos, buscas
Para ensalzar tu nombre? ¿ó suple acaso
La llama de mi amor jamás extinta
Á la armoniosa lira del Parnaso?
¡Oh! que para cantarte dignamente
Poderosa no fuera
Del viejo Homero la robusta trompa
Ni de Marón la lira lisonjera.
¿Y yo he de alzar loándote mi acento
De tu gran día en la solemne pompa?
¿Qué es la humilde retama
Junto al baobab, patriarca de las selvas,
Que su gigante mole saca al cielo?
¿Qué el menguado arroyuelo
Que corre sin rüido,
En la callada soledad perdido,
En medio de los Andes,
Con nuestro poderoso Tequendama

Que, al arrojarse al negro abismo, brama
Atronando el desierto en voces grandes?

Nacido en medio á la tormenta horrible
De do brotó la libertad de un mundo,
Mi cuna en orfandad mecióse un día
Del cañón al rimbombo furibundo.
Niño yo, de la vida no sabía,
Ni el misterio pasmoso de la muerte,
Cuando me hallé en un campo de batalla;
Y en mi ignorancia extrema, no podía
Adivinar por qué, como leones,
Se lanzaban al fuego y la metralla
Unos y otros rabiosos escuadrones.
Visto había en la siega de los trigos
Cómo botadas las gavillas quedan,
Y parecióme entonces que sería
Siega de hombres la atroz carnicería:
Mi buena madre en tanto,
Llena de horror, y pasmo, y miedo, el llanto
En abundosa fuente derramaba;
Yo, niño al fin, sin experiencia alguna,
Mirándola llorar, también lloraba.

Era el campo de Vargas glorioso,
Y vi después al triunfador volviendo
Del suelo de los Incas deleitoso,
No cual Camilo en el ebúrneo carro
Arrastrado por rápidos corceles,
Ni de purpúrea clámide cubierto
Y la frente ceñida de laureles.
Modesto, ante el Senado de la patria,
Que lo acogió gozoso entre sus brazos,
Se presentó á mostrarle las cadenas
Que oprimieron el cuello
De los hijos del Sol, hechas pedazos.
De mis ojos cayó como una venda,
Y la revelación entonces tuve
De lo que es gloria inmaculada y pura,

Y lo que el corazón del hombre alcanza
Cuando del bien á la escabrosa senda
La santa mano del Señor lo lanza;
Y entonces comprendí cómo los héroes,
Porque viva y palpíte su memoria
En la remota edad, graban sus nombres
En el eterno mármol de la historia.

Y vi después al héroe entristecido,
Como un morir del sol, partir en busca
De nuevo hogar en extranjera tierra;
Y entonces comprendí lo que de amargo
La ingratitud del corazón encierra.

Quien hechos tan espléndidos ha visto
Es cual viajero que á sus lares torna
Después de haber cumplido el pío voto
«Y el gran sepulcro visitar de Cristo»;
Se le escucha con ánimo devoto
Porque puede decir: «Yo vi; yo estuve;
Yo al Calvario subí; yo el mármol santo
Que encerró á mi Señor empapé en llanto»;
Y el que atónito le oye, se imagina
Envuelto contemplarlo en una nube
Que exhala los aromas
De la remota tierra palestina.

Yo ahora de los últimos testigos
De la virtud de aquella heroica raza,
Al ver de su obra el fin, cual el viajero
Sentado en las ruinas
De un pueblo ya perdido
Que aturdió al mundo con el gran ruido
De su gloria y poder, me considero:
Y á veces alzo el canto,
Que es de dolor, no tanto
Por celebrar su gloria,
Como por dar al ánimo afligido
Consuelo celestial con su memoria.

¡Qué tiempo aquel de tanto horror y duelo!
La tormenta de rayos y granizo
Que por fértil región tronando pasa,
Sembrando en pos devastación y ruina,
Menos estragos deja que en ti hizo,
Oh patria mía, de la guerra el fuego.
De la revolución el soplo airado
Sobre la haz de Colombia á nuestros padres
Dispersó; y unos fueron
Á combatir al campo; otros cayeron
En infectas mazmorras, y la vida
Otros en el patíbulo rindieron;
Y quedaron desiertos los hogares;
Y las míseras viudas,
Petrificadas de terror y espanto,
Sin dar un ¡ay! extáticas y mudas,
Miraban de sus huérfanos el llanto.

¡Oh héroes! mas vosotros
Que fundasteis la patria, ¿á qué tormentos
No os condenaba vuestro amor? Congojas,
Dudas, temores, penas, desconfianzas,
Desbaratos del ánimo, desdenes
Del poderoso; bellas esperanzas
Que nacen, y tan pronto como nacen
Se ven desvanecidas;
Largas noches de insomnio doloroso;
Traición de los amigos;
Ver del puñal alzado entre las sombras
Relumbrar el relámpago, y mil veces
Beber hasta las heces
De ingratitud el ponzoñoso acibar.....
Esto sufrió Colón, esto Bolívar.

¡Mas qué si luego el día
Llega en que, al disipar el sol la bruma,
El inmortal piloto
Ve salir lentamente de la espuma,
Como alza el cáliz el fragante loto,

La americana tierra
Del fondo del Océano profundo,
Y poder exclamar, ebrio de gozo:
¡Gloria al Señor! ¡He descubierto un mundo!
¡Y qué cuando Bolívar,
Al través de los campos de la muerte,
Llega por fin de donde el mar recibe
Al Orinoco en amoroso abrazo,
Á la cima en que saca al firmamento
Su frente de granito el Chimborazo;
Y derrama la vista abajo, y mira,
Cual salidas del bátraro profundo,
Cinco grandes naciones,
Y clamar pueda al fin, ebrio de gozo:
¡Gloria al Señor! ¡He libertado un mundo!
¡Oh júbilo! ¡oh placer! ¡oh de la patria
Antiguas fiestas, cuando
De la borrasca la postrera ola
Huyó á perderse en el confín, llevando
La bandera española!
¡Y no nos dividía fiero bando,
Y era uno el pensamiento, uno el destino,
Y unos nuestros altares,
Y nos daba vigor una alma sola!

Entonces los comicios populares
No eran sangrienta lucha ó fraude artero;
La majestad augusta del Senado
Culto de amor mandaba verdadero,
Y el labrador pacífico veía
De su fatiga el fruto respetado;
La ley amada con amor intenso;
De la Justicia en el altar ardía
En perpetuo holocausto puro incienso;
Formaba una cadena nuestro brazo
Unido á los demás, y en paz profunda
Reposábamos todos complacidos
De la madre común en el regazo.

Mas ¿dónde ahora tan dichosos días
De unión fraterna y amistad son idos?
¿Dónde tantos varones distinguidos
En la sangrienta lid ó en el consejo?
¿Dó la lanza primera del Apure,
Y el valiente entre todos los valientes?
¿Y Sucre dónde? ¿Y dónde el que la carga
Dió en Ayacucho intrépido? Sería
Temerario el afán, oh patria mía,
De memorar sus inmortales nombres,
Cuando, luchando de diversos modos,
En la extensión inmensa de Colombia,
Si uno el caudillo fué, los héroes todos!

¡Pasaron los invictos! Su memoria
Para ser inmortal no necesita
Mármoles de Carrara ó duro bronce:
Eterna vive en los gloriosos campos
Que consagró el valor; suena en los ecos
De nuestros patrios ríos y montañas,
Y en el fiero rugir de los volcanes;
La refiere en sus páginas la historia;
Palpita del poeta en las canciones,
Y los vientos la llevan en sus alas
De la tierra á las últimas regiones.
¿Qué más? ¡en el altar culto recibe
Que de los hombres redimidos alzan
Á su eximia virtud los corazones!

¡Oh! ¡reposad en vuestras quietas tumbas,
Augustos padres de la patria mía,
Pues bien lo merecéis! La grande obra
De redención al fin está cumplida;
Y no llegue á turbar vuestro reposo
El tumulto de lucha fratricida.

Hoy á vuestros sepulcros hace sombra
La bandera del iris, enlazada
Á la de los castillos y leones;

Que el odio no es eterno
En los pobres humanos corazones;
Y llegó el día en que la madre España
Estrechase á Colombia entre sus brazos,
Depuesta ya la saña ;
No sierva, no señora ;
Libres las dos como las hizo el cielo.
¡Ah! ¿ni cómo podría
Hallarse la hija siempre separada
Del dulce hogar paterno,
Ni consentir la cariñosa madre
Que tal apartamiento fuera eterno?

En esos años de la ausencia fiera,
El recuerdo de España
Seguíanos doquiera.
Todo nos es común : su Dios, el nuestro ;
La sangre que circula por sus venas
Y el hermoso lenguaje ;
Sus artes, nuestras artes ; la armonía
De sus cantos, la nuestra ; sus reveses
Nuestros también, y nuestras
Las glorias de Bailén y de Pavía.

Si á veces distraídos
Fijábamos los ojos
Á contemplar las hijas de Colombia ;
En el porte elegante,
En el puro perfil de su semblante,
En su mirada ardiente y en el dejo
Meloso de la voz, eran retrato
De sus nobles abuelas ;
Copia feliz de gracia soberana,
En que agradablemente se veía
El decoro y nobleza castellana
Y el donaire y la sal de Andalucía ;
Y entonces exclamábamos: Un nombre
Terrible, España, tienes ; ¡pero suena
Qué dulcemente al corazón del hombre!

¡Oh! ¡qué esta santa alianza eterna sea,
Y el pendón de Castilla y de Colombia
Unidos siempre el universo vea !
Y que al ¡viva Colombia! que repiten
El áureo Tajo, y Ebro y Manzanares,
Responda el eco que rodando vaya
Por los tranquilos mares
Á la ibérica playa
De ¡viva España! con que el Ande atruena
El Cauca, el Orinoco, el Magdalena!

LOS COLONOS.

No por florido otero ó verde riba
Á la margen de río clamoroso,
Cuya onda fugitiva
Entre tupido bosque y fresca grama,
Como formando diálogo quejoso,
De la úrna espumosa se derrama ;
Mas envuelto en el denso torbellino
De seco polvo que alza galopando
Mi corcel generoso,
Á la ciudad distante me encamino.

¡Vedla! ¡allá está! Sus blancas, altas torres
Entre espirales de humo se levantan
Sobre los rojos techos,
Y raros grupos de árboles á trechos
Alzan por cima su greñuda copa.
¡Oid! el murmurar del pueblo llega
Al acercarnos más, cual voz de un río
Que despeñado de la sierra baja,
Y los peñascos con su espuma arropa
Y en altos tumbos fiero se desgaja.
De caballos el trote,
Y el chirriar de los carros en las guijas,
Y el tráfago de gentes afanadas

Sordamente resuena,
Y hierve la ciudad como si fuese
De los hombres anchísima colmena.

¡Mas no fué siempre así! Mi fantasía
Á la pasada edad tornando el vuelo,
Se place en contemplar la dulce patria
De su oriente pacífico en el día.
Donde hoy, bajo la cúpula que al cielo
Se yerge de basílica suntuosa,
El altar santo queda,
Con el céfiro manso una arboleda
De robles seculares se mecía;
Y aquel otero allá, de donde corre
Primero, rotas peñas quebrantando,
De linfas claras resonante río,
De cabañas de bálago cubiertas
Era entonces un pobre caserío.

¿Y en qué lugar al aire abierto un día
La redentora cruz se alzó primero?
El escuadrón conquistador la frente
Humillado inclinaba,
Mientras la muisca gente
Viendo rendir el formidable acero
Que desquició su antigua monarquía
Llena de mudo asombro se extasiaba.

¡Oh! ¡ven conmigo, antigua amiga mía,
Musa! que no quemaste un solo grano
De incienso nunca ante ningún tirano;
Tú que arrojas coronas enlazadas
Con ramas de laurel que jamás muere
Para ceñir la sien, no del guerrero
Que se alza, lidia y triunfa,
Y cual tormenta que pasando asuela,
Dejando en pos de sí tristes despojos,
Mas la frente del útil ciudadano
Que primero este campo hizo fértil

Sembrando en la era el extranjero grano;
Del cenobita impávido que al centro
Penetró del desierto más profundo,
Y á la vida social al indio errante
Redujo del amor con suave mano;
Y del que pan y regalado lecho
Dió cariñoso al desvalido infante.

¡Oid cómo resuena
Adentro la montaña con los golpes
Del hacha! Ya en la loma más distante
Prende voraz el fuego,
Y el humo azul camina lentamente;
Mas se derrama luego
Por los collados todos;
Y el águila imperial, alipotente,
Fija la vista al sol, alza su vuelo,
Y se pierde en las nubes arrolladas
En la región espléndida del cielo.

Y mirad más acá cuál va inclinado
Bajo el fecundo arado
El toro, padre de la grey; el seno
De la tierra rompiéndose negrea,
Y la que antes espada destructora
Resplandeció ominosa en la pelea,
Ora en reja cambiada
Entre los grandes surcos centellea;
Y ese que, hoy labrador, ayer guerrero,
El mar cruzó trayendo el rubio grano
Que derramado en la era
Dará abundancia á la colonia entera,
Después verá doblándose á los soplos
Del favonio süave
La frágil caña con la espiga grave;
Otro la carga llevará al molino,
Y entre el fragor del agua despeñada,
En el estrecho cauce atormentada
Do se cambia en espuma cristalina,